

# ESTIMULEMOS EL RUIDO; PROPUGNEMOS EL ARBORICIDIO

Por J. DE LA LUZ-LEÓN

*Manso  
12/10*

**A** MENUDO uno se pregunta para quién se legisla en Cuba, para quién se escribe en Cuba. Yo me lo preguntaba días atrás leyendo un trabajo de nuestro gran Ramón (¿será necesario añadir que se trata de Ramón Vasconcelos?) sobre la *arborofobia* o sobre el *arboricidio*, como él dice de modo más gráfico. Poco importa el nombre. Lo terrible es la realidad que encubre la denominación.

Como ese artículo, si no con esa gallardía, se han escrito miles y miles en Cuba. Y quien dice del árbol, dice del ruido. Pese a todo, seguimos sin árboles. Y seguiremos viviendo ruidosamente. Se ha legislado contra la tala de los árboles; y los reglamentos municipales establecen sanciones contra los que hacen ruidos innecesarios, lo cual es un pleonasma, pues el ruido es siempre innecesario, y cuando no lo es debe llamarse accidente, o catástrofe, o imperativo de la realidad (una explosión, la construcción de una casa, el rodar de los vehículos, etc.).

¿De qué ha servido tanta prosa conminatoria para que dejemos en paz a los árboles y vivamos en paz con nosotros mismos? ¿Quién aplica los reglamentos que exigen a los vecinos el poner la radio en tono menor, aquí donde incluso los Concejales y los Alcaldes aspirantes a la reelección se sirven de los altavoces para exaltar sus cualidades y ensucian los muros de la ciudad con sus nombres, con sus fotografías y hasta con sus bio-

O legislamos y escribimos para un pueblo absolutamente reactivo e insensible a las normas elementales de la civilización, en su aspecto de bienestar y *confort*, o sufrimos todos una especie de mojigatez colectiva al propugnar aquello en que no creemos, simplemente por darnos aire y querer aparecer que no somos... lo que realmente somos. Es lo que, inspirándose en una de las heroínas de Gustavo Flaubert, la desdichada Emma Bovary, un filósofo contemporáneo llamó la enfermedad del *bovarismo*, que lo mismo puede darse en las mujeres como en los grupos sociales. Que otros indaguen este mal y establezcan, si pueden, el diagnóstico.

Pero cuando digo pueblo no pienso exclusivamente en ese público municipal y espeso que ya cantó, o estigmatizó, la lira del pobre Rubén Darío. Pienso, y acaso con más insistencia, en ese pueblo de carruajes charolados, de palacetes vedadeños, de vida fácil y suntuosa, gente que lee, o debiera leer y que cada año, cuando el ingenio entrega la última hoja de la liquidación de la zafra y aparecen los primeros agobios estivales, se va por los caminos de Europa y de América en busca de sosiego, de placeres y de silencio.

Tal vez sea el nuestro, comparativamente, el pueblo que más viaja. Sus clases acomodadas, porque la clase media ha de hacerlo a través de las estampas,

PRIMONIO  
UMENTAL

como en el verso inmortal de Baudelaire. Entre esos viajeros no están sólo los señores del azúcar que luego, aquí, se refugian en sus *Clubs*. (Señor corrector, le ruego dejar *Clubs* tal como lo escribo, pues *Club* puede ser correcto, pero es un vocablo pedante, intruso y sin eufonía). Están también los magnates de la política, los hacedores de ciudadanía, los que se codean, o deben codearse, con las realidades nacionales, las buenas como las malas.

¿Qué ve esa gente en los países que visita? Ve, respondería Perogrullo, todo lo que vale la pena de verse, e incluso aquello que hay que olvidar o decir que no se ha visto. Recorren el Canadá, los Estados Unidos, las grandes y las pequeñas ciudades del Viejo Continente. Se pasan

de admiración aquí; allá se entristecen pensando en Cuba, lamentando que siendo nosotros

tan opulentos  
tantas cosas  
misérrimos, de m

ciada; acullá, rodando entre árboles en carreteras sin baches, no se explican cómo acá, en medio de la zambra de los millones, con una moneda privilegiada, bajo un clima generoso, tengamos que saltar y hacer gimnasia por esas calles de Dios, y vivir vociferando y politiqueando todo el año, y sudando y discutiendo si conviene o no el uso de la guayabera cómo si los moscovitas se preguntaran si deben o no usar abrigos de astracán...

Pueblo despreocupado y sufrido el nuestro, cierto. Pueblo que teóricamente conoce tal vez sus derechos, pero que jamás los reclama, y cuando los reclama es de un modo epiléptico, esporádico, revolucionario, con lo que introduce un nuevo elemento de inquietud en la vida pública, siendo a menudo peor el remedio que la enfermedad misma. Pero el ejemplo, ¿no le viene de las clases llamadas superiores? Esas clases nada hacen para introducir aquí lo que ven fuera, lo que aprenden fuera, si es que aprenden algo. Cuando José An-

tonio Saco, y el gran *Narizotas* y Luz y Caballero, y Domingo del Monte, y Varela recorrian el mundo, se afanaban por traernos la cultura del mundo, por darle a nuestra existencia colonial otro ritmo, otro módulo. No eran Senadores, carecían de influencia, tenían que habérselas con tiranuelos crueles. Pero escribían, al menos, buscando el estímulo, la superación, invitándonos al esfuerzo y al mejoramiento.

¿Cómo van a reclamar nada los pobres pobres, los desposeídos, si los mismos poseedores son incapaces del menor esfuerzo colectivo en su propio beneficio? Un ejemplo elocuente, en este sentido, lo tenemos en Miramar, barriada de opulentos, barrio que con razón nos envidiaría cualquier ciudad del mundo. Cae una llovizna y se inundan las calles, y para llegar a una casa hay que buscar una góndola. Y en esa Venecia turbia vive, creo, mi ilustre amigo el Vicepresidente de la República, y por allí está la mansión de un hombre que fué, durante cuatro años, la máxima figura del Estado y sigue siendo personaje consular.

Marianao, oigo decir, es en cuanto a tributación, el primer municipio de la República, o el segundo. Y hay una orgía de

baches. ¡El bache criollo, que todavía no tiene su poeta, en espera de sus peones! ¡Y pensar que esas aguas del Miramar reidor y esos hoyos traidores de las grandes vías, pudieran desaparecer en menos de un mes por una suma irrisoria, irrisoria en relación con el boato que los rodea!

Volvamos al ruido y al arboricidio.

Como las dos calamidades aumentan cada día, en razón de nuestro crecimiento y de nuestro evidente progreso económico e industrial, y como, a juzgar por la ineficacia de tanta campaña de prensa y de tanta pragmática inútil, hay motivos para pensar que en realidad el cubano medio detesta sinceramente el arbolado y vive dichoso en medio del estruendo, lo que se impone es complacerle, halagarle en sus gustos y tendencias. Al fin las leyes no son nunca creadoras de costumbres, son las costumbres las que crean y justifican las leyes. Pleguémonos a ese principio de sabiduría eter-

3

na. Hemos creado el día del árbol y hacemos el ridículo, porque lo único que aquí no tumbamos es la palmera, árbol triste y avaro de sombra, árbol que está en el paisaje como vigilándolo, en espera de no se sabe qué cataclismo, el próximo ciclón acaso. Condenamos el ruido y hasta las farmacias de turno contribuyen a aumentar el guirigay ciudadano, como si fuera necesario que un altavoz proclamara la excelencia de los productos de una farmacia a donde tenemos que acudir en caso de enfermedad, de buen grado o por fuerza. Cambiemos, pues, de método.

Las campañas contra la poda del árbol, reemplacémoslas con himnos a la tierra pelada, al paisaje desnudo, escueto, con sus grietas al sol. ¡Qué belleza, la de esas colinas chamuscadas, y a lo lejos el horizonte nítido, el confín inabarcable con su luz cegante, bajo el cielo mudo!

¡Que paz de égloga en el mediodía agosteano, sobre la tierra ardiente y ardida, empapados en el dulce sudor que acaricia la frente y tonifica el alma! Ediles que buscáis votos para hacer la felicidad de nuestra Habana alegre y confiada: ofrecednos ruidos, más ruidos, ruidos mecánicos, y los otros, los de las gargantas que proclaman vuestras virtudes cívicas, y mucho altavoz por las avenidas céntricas, mucha fotografía en las paredes resignadas, mucha tala de bosques, de arbustos, de plantas ornamentales. Ya es hora de que estimulemos el ruido e instauraremos el día del arboricidio.

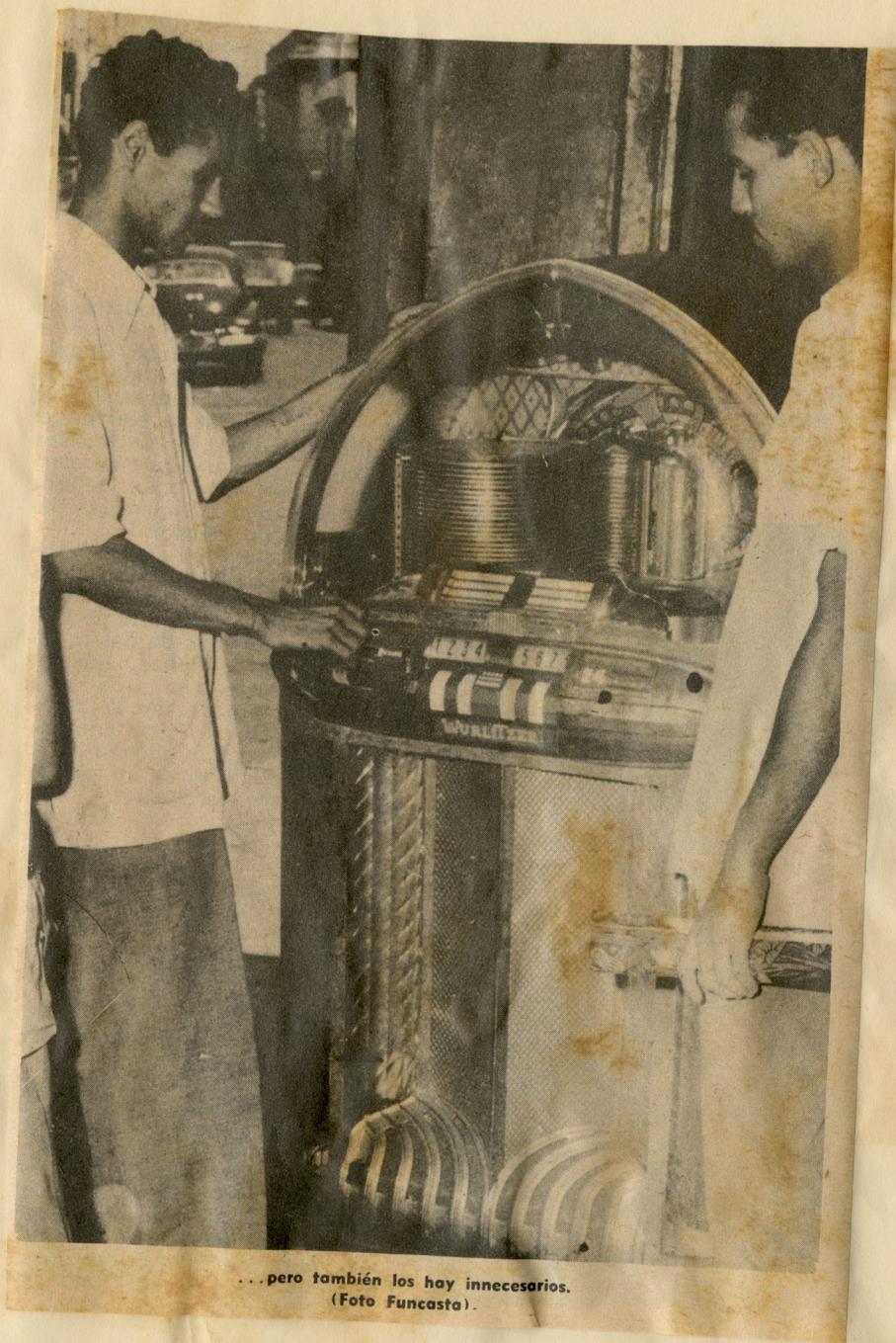
Esto, al menos, puede ser original, como plataforma electoral. Y quién sabe, acaso útil. Por el camino de la lógica en nuestra vida cubana llegamos siempre al absurdo. Intentemos el absurdo, para ver si así alcanzamos el equilibrio.

*Marzo 12/01*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



... pero también los hay innecesarios.  
(Foto Funcasta).



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA



Hay ruidos necesarios...  
(Foto Lezcano).



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA